

uno que deseaba la vuelta de los Borbones, otro que pretendía elevar al trono al duque de Orleans; atacó principalmente á este último como si existiese, cuando no era más que una pura tendencia de los ánimos; le bosquejó con los falsos colores que inspira el miedo, y después de fulminar las últimas cóleras del bonapartismo expirante, dejó á la asamblea en una increíble agitación. Varios oradores le dirigieron réplicas inútiles, y Mr. Manuel obtuvo la palabra. Una figura joven y bella, una actitud sencilla y decidida, una facilidad de locución notable, la falsa reputación de ser el principal agente de Mr. Fouché, cuyas opiniones ostensibles profesaba, no sus miras secretas, le conquistaron la atención general. Tomó un acento tan firme y al mismo tiempo tan hábil, en medio del trastorno de la asamblea, que desde el principio impuso su opinión á su auditorio. No titubeó en censurar á los que proponiendo se proclamara á Napoleón II habían suscitado una cuestión tan grave como inoportuna, y no temió en decir que presentarla y resolverla en el momento era cometer una solemne imprudencia. Pero convino en que una vez suscitada era difícil eludirla, y que el único medio de resolverla era declarar formalmente que creían deber atenerse á la Constitución existente, la cual comprendía necesariamente la soberanía de Napoleón II.

Después de hacer esta concesión á las disposiciones de la asamblea, trazó un cuadro atrevido y verdadero de los partidos que dividían la Francia, de sus esperanzas, de sus pretensiones, de sus intrigas; dejó ver que personalmente no prefería á los Borbones, pero indicó con fuerza y habilidad que el medio de evitar la necesidad de pronunciarse entre estos diversos partidos, era atenerse al texto de la Constitución existente, sin prestar, á pesar de ella, una nueva declaración que pudiese hacer aún más difíciles de lo que ya eran en sí las negociaciones con la Europa. Este discurso, el más hábil, el más eficaz de cuantos ha pronunciado el célebre orador á quien nos referimos, satisfaciendo al doble deseo de la asamblea de obtener la paz con Napoleón II y ofreciendo un término medio que llenaba este doble fin, alcanzó un éxito asombroso. La asamblea encargó á Mr. Manuel que redactase su voto, lo que equivalía á decir que pasaba á la orden del día, aprobando la proposición del orador; proposición que se reducía á decir que, con arreglo al Acta adicional, Napoleón II era el verdadero emperador de los franceses, y que la cámara con su decisión de la víspera se había propuesto nombrar una comisión de gobierno que en las circunstancias graves en que se hallaban pudiese asegurar la defensa del país y garantizar sus derechos, su libertad y su independencia. La asamblea se levantó en masa, votó la impresión del discurso de Mr. Manuel y se separó gritando: *¡Viva el emperador!* Mr. Manuel le había hecho el servicio, sin que indicara los títulos harto amenazados ya de Napoleón II, le había hecho el servicio, decimos, de ahorrarle una nueva declaración que pudiese aumentar las dificultades de la paz, y fué por algunos momentos el ídolo á la moda. Mr. Fouché se dió tono hasta no poder más, pretendiendo que había descubierto el orador, inspirado el discurso y procurado un gran talento á la Francia. Este orador, que debía ilustrarse más tarde por la firmeza de sus opiniones, comenzó, como vemos, su carrera política con un triunfo de habilidad.

La asamblea creyó haber salvado á Napoleón II y de seguro la paz. En la posición tristísima en que estaba, tenía necesidad de esperar, y se pagaba de ilusiones, ya que no podía pagarse de realidades.

La comisión ejecutiva entró inmediatamente en el desempeño de sus funciones, y su primer cuidado fué el de constituirse. Necesitaba un presidente. Mr. Quinette y Mr. Grenier, adictos á la causa de la revolución, votaron en favor de Carnot. Este último, demasiado sencillo é inocente para darse su voto, votó en favor del duque de Otranto. Mr. de Caulaincourt, juzgando á Carnot recto, pero poco hábil, y esperando que Mr. Fouché, satisfecho en lo sucesivo, le ayudaría á salvar los intereses personales de Napoleón votó por él, haciendo que obtuviese dos sufragios. Mr. Fouché añadió á estos dos votos el suyo, y de este modo, alcanzando la presidencia de la comisión ejecutiva, llegó á ser el verdadero jefe del gobierno provisional.

Eran urgentes algunos nombramientos. El príncipe Cambaceres había presentado su dimisión del cargo de ministro de la Justicia; Mr. de Caulaincourt y Mr. Carnot no podían ser á un tiempo ministros y miembros de la comisión ejecutiva. Mr. Boulay de la Meurthe recibió provisionalmente la cartera de la Justicia, Mr. Bignon la de los Negocios extranjeros y el hermano de Carnot la del Interior. Pero uno de los nombramientos que más importaban era el del comandante de la milicia nacional de París. Mr. Fouché no quería que conservase este cargo el general Durosnel, sin darle por lo menos un superior que no le inspirase temor por su adhesión al emperador caído. Tampoco quería que fuese elegido Mr. de Lafayette, á quien desacreditaba después de haber utilizado su influencia, y con el pretexto, ya empleado, de que Mr. de Lafayette era necesario para tratar con las potencias, hizo nombrar al mariscal Massena, cuyo gran nombre borraba todas las rivalidades, y el cual, más disgustado que nunca de los hombres y de las cosas, sin esperar ya nada bueno para el país, sin querer nada absolutamente para él, estaba dispuesto á dejar correr el torrente de los sucesos sin oponerle el menor obstáculo.

Después de dar un comandante á la milicia nacional, era preciso buscar otro para la ciudad de París y para las tropas encargadas de defenderla. Napoleón había destinado para esta misión al mariscal Davout, y no había podido imaginarse una elección mejor que la suya, razón por la cual le confirmaron en su cargo. Esto era hacer del mariscal Davout un generalísimo, porque debían necesariamente replegarse hacia París todas las fuerzas disponibles, lo mismo las que habían tomado parte en las campañas de Flandes y de los Alpes que las que ya no hacían falta en la Vendée. Se convino en que el mariscal defendería la ciudad en el exterior con las tropas de línea y todas las que quisieran contribuir á esta defensa, y que la milicia nacional sería destinada á mantener el orden en el interior.

El general Drouot, cuyas virtudes eran una garantía infalible de patriotismo y amor al orden, fué encargado del mando de los restos que quedaban de la guardia imperial, creyéndose que esta tropa heroica bajo su dirección haría los mayores esfuerzos por el país, aun viéndose privada de Napoleón. Después se ocuparon de las medidas que necesitaban el concurso de las cámaras.

La comisión ejecutiva presentó en el mismo día tres resoluciones que habían sido ya propuestas en la conferencia celebrada en las Tullerías: el llamamiento de la quinta de 1815, la autorización para hacer requisiciones de conformidad con ciertas reglas, y una suspensión de la libertad individual. Las dos primeras proposiciones fueron votadas casi sin dificultad, pero la suspensión de la libertad individual encontró más oposición. La asamblea era honrada, tenía horror á los medios arbitrarios, calificados de revolucionarios de la primera revolución, y no quería por nada del mundo recurrir á ellos. Los realistas (se daba entonces este nombre á los partidarios de los Borbones), muy numerosos en el público, pero tan contados en la asamblea que apenas podían hallarse más que cinco ó seis, temían que la medida propuesta fuese dirigida contra su partido; y era verdad que se dirigía á ellos principalmente. Con efecto, se quería poder detener arbitrariamente á los que enarbolasen otros colores que los colores nacionales, á los que profiriesen gritos sediciosos, á los que tomasen parte en la guerra civil, á los que estimularan la deserción entre los soldados y sostuvieran comunicaciones con el enemigo exterior. No cabe duda en que estos eran delitos incontestables, pero todas las personas honradas, todos cuantos se hallaban impacientes por ver establecida en Francia una legalidad sin alteración, hubieran deseado que para castigar estos delitos hubiese sido necesario su prueba ante los tribunales, y no suficientes las más insignificantes sospechas. Por desgracia, apenas había entonces costumbre de observar el régimen legal, y podía por otra parte invocarse un ejemplo imponente, el de la suspensión del *habeas corpus* en Inglaterra; así es que el principio de la ley fué admitido. Sin embargo, la asamblea quiso limitar su duración á dos meses, y someter sus aplicaciones al juicio de una comisión compuesta de miembros de las dos cámaras. A pesar de estas precauciones, de trescientos cincuenta y nueve se pronunciaron en contra sesenta representantes. Después de emitir estos diversos votos, decidió la asamblea ocuparse sin descanso en la redacción de una nueva Constitución, como si hubiera podido hacer nada mejor que el Acta constitucional, y como si hubiera olvidado el inmenso ridículo en que caía una deliberación semejante en presencia de los ejércitos coligados que amenazaban ya á los muros de la capital.

Mientras que se tomaban estas urgentes medidas, se designó á los negociadores que debían encargarse de ir á tratar con los generales coligados. No era este el caso de olvidar á Mr. de Lafayette después de haberle alejado de los demás cargos para que había sido propuesto, afectándose la necesidad de confiarle el de negociador, así es que fué elegido. Después fueron nombrados, el general Sebastiani por su doble calidad de militar y de diplomático, Mr. de Argensón por su nombre y su independencia en la famosa sumaria de Amberes, Mr. de Pontecoulant porque había sido par de Napoleón y de Luis XVIII, y sobre todo por haber negado al príncipe Luciano el título de francés; Mr. de Laforest, por su experiencia consumada en materia de diplomacia. Monsieur Benjamín Constant fué agregado á la comisión con el cargo de secretario de legación, á causa de su talento y de las relaciones que había entablado con los

soberanos extranjeros durante su destierro. Se encargó á todos que estipulasen la integridad del territorio, la independencia de la nación (es decir, la facultad de elegir su gobierno), la soberanía de Napoleón II, el olvido de todos los actos recientes ó anteriores, y por último el respeto de las personas y de las propiedades.

Por supuesto, que era cosa entendida que la legación obtendría de estas condiciones las que pudiese, sacrificando las que contribuyeran á imposibilitar la paz. Se acordó que la legación se dirigiera primeramente á Laón, no para ir al encuentro de los soberanos que acompañaban á la columna invasora del Este, sino para obtener del duque de Wellington y del mariscal Blücher, que mandaban la columna del Norte y que avanzaban hacia París, un armisticio durante el cual acudiría á entablar sus negociaciones con los mismos soberanos.

Laón era en aquellos momentos el punto de reunión del ejército francés y el del enemigo enviado en su persecución. Después de haberse retirado confusamente durante dos días los soldados de Napoleón, oyeron decir que todos se reunían en Laón, y acudieron en masa á este punto. El mariscal Soult refundió los regimientos unos en otros, cuando los efectivos demasiado escasos exigían esta fusión. Los tiros de la artillería habían sido salvados, tomó cañones en la Fere y concluyó por dar una verdadera organización militar á los treinta mil hombres que habían logrado escapar de Waterloo y que no querían otra cosa que vengar su desgracia con nuevos esfuerzos de adhesión y valor.

Mientras esto pasaba, Grouchy, á quien creían perdido, había logrado librarse de las manos del enemigo, gracias á la más dichosa é imprevista casualidad. Habiendo recibido el 19 por la mañana la fatal noticia que tanto trabajo le costaba creer, se retiró hacia Namur, dirección que por lo demás le había indicado el oficial que Napoleón le había enviado con la noticia. Avanzó hacia este punto por el camino más directo, el de Mont-Saint-Guibert y Tilly, y ordenó á Vandamme que se encaminase por el de Wavre y Gembloux. Se hallaba muy expuesto á verse envuelto y anonadado durante el trayecto, pero afortunadamente los ingleses, muertos de fatiga y ocupados en reponerse, y Blücher, corriendo como un furioso detrás de los combatientes de Waterloo, no se cuidaron para nada de Grouchy. El 20 pasaron por Namur las diferentes divisiones de este mariscal, recibiendo de los belgas los testimonios del más vivo interés. La división Teste que era la última, sostuvo en Namur un brillante combate, y se reunió sana y salva con el cuerpo de ejército por el camino de Dinant, Rocroy y Rethel.

Había, pues, en Laón, además de las tropas procedentes de Waterloo, una parte del cuerpo de Grouchy, y al cabo de uno ó dos días debían reunirse en el mismo punto sesenta y tantos mil hombres, provistos de un material nuevo y todos dispuestos á combatir bajo el mando de Napoleón con el valor de la desesperación; pero la inesperada noticia de la abdicación los indignó ó los consternó. Habían visto, según su costumbre de ver las cosas, una serie de traiciones, y decían que ya no les quedaba nada que hacer en torno de su bandera, puesto que el único hombre que podía guiarlos contra el enemigo había sido tan indignamente destronado por los traidores. Al saber estas disposiciones, envió la co-

misión ejecutiva dos representantes para recordarles que al desaparecer Napoleón de la escena, aún les quedaba algún objeto más sagrado y más merecedor de sus servicios y de su denuedo, la Francia. Uno de estos dos enviados era el bizarro Moutón-Duvernet, destinado, como Ney y como La Bedoyere, á ser víctima de las tristes pasiones de la época.

Mientras que todo esto sucedía entre la frontera y París, en París mismo la agitación iba en aumento, y todo el mundo esperaba con impaciencia, con ansia, el fin de aquella extraordinaria crisis. Napoleón, que había quedado en el Elíseo después de su abdicación, veía ya, como en Fontainebleau, irse formando en torno suyo la soledad.

Sólo tenía para consolarse la visita de algunos amigos fieles, tales como Mr. de Basano, Mr. de Rovigo y Mr. de Lavallette, y los homenajes de los confederados y de los militares que habían abandonado el ejército, los cuales, ocupando la avenida de Marigny, prorrumpan apenas le divisaban en gritos violentos de *¡Viva el emperador!* Mr. Fouché fué á visitarle por la última vez, procurando ocultar el aprieto en que le ponían sus traiciones, con su rostro incoloro. Napoleón le recibió con frialdad y finura, limitándose á decirle: «Preparaos á combatir, porque el enemigo no quiere nada de lo que queréis; únicamente admite á los Borbones, y si los rechazáis, esperad una ruda batalla bajo los muros de París.» Mr. Fouché respondió con una especie de asentimiento respetuoso á las palabras de Napoleón, y después se retiró de aquel palacio en el que todo le acusaba por su conducta, y en el que la altanería de Napoleón le agobiaba por más que no le hiciese ninguna reconvencción. Le agradaba más el de las Tullerías, en donde era amo y en donde dominaba la inercia de Quinette, la candidez de Carnot, la inexperiencia del general Grenier y el desaliento del duque de Vicence. Suponiéndole inconciliable con los Borbones por su calidad de regicida, por su arresto antes del 20 de marzo, sus colegas le dejaban obrar, confiando para todo en su actividad, en su destreza y en su capacidad. Él por su parte, mientras que el ejército se replegaba hacia París, mientras que los comisarios enviados á los soberanos iban á entablar una negociación imposible, mientras que la asamblea creía útil y honroso discutir en semejantes circunstancias una nueva Constitución, empleaba el tiempo en hacer que redundase en su provecho el desenlace de esta triste y burlesca comedia. Por más que hablase y dejase hablar de Napoleón II con el fin de no disgustar á la asamblea, Mr. Fouché no creía en su reinado. Estaba convencido de que los soberanos aliados no querían más al hijo de lo que habían querido al padre, y de que Napoleón vencido, lo natural era sencillamente el advenimiento de Luis XVIII.

Sin embargo, los Borbones no eran objeto de su preferencia, sino de su previsión. Considerándolos como inevitables, se resolvió á trabajar en favor de su restablecimiento para aprovecharse de todas las ventajas. Prever este restablecimiento, secundarle, no era un crimen en su opinión, sino una precaución, y la precaución no podía ser nunca objeto de censura. Pero al prever como hombre de talento una segunda restauración, necesitaba trabajar por ella como hombre honrado, como buen ciudadano; es decir, debía identificarse con aque-

llos de sus colegas que eran capaces de comprender la verdad, tales como Mr. de Caulaincourt y el mariscal Davout, guiar á los demás sin hacerles traición, y después imponer condiciones, no en su favor, sino en el de la Francia, en el de su suelo, su libertad, y especialmente en el de la seguridad de las personas que se hallaban comprometidas. Este hubiera debido ser el plan de Mr. Fouché, pero nada más lejos de sus ideas. Trabajar por la restauración de los Borbones, puesto que no podían evitarlos; hacer de este trabajo un mérito para sacar provecho de él; no confiar á nadie sus proyectos, arriesgándose á hacer traición á todo el mundo; salvar á las personas que pudiese (porque Mr. Fouché no era malo cuando no se trataba de su interés); entregar á las demás; en una palabra, tramar una intriga en vez de entablar una negociación hábil y honradamente dirigida, tal debía ser, como no tardaremos en ver, el modo de obrar de Mr. Fouché, porque así se lo inspiraban su corazón y su cabeza.

Nuestros lectores deben recordar que Mr. Fouché hizo espontáneamente salir de su prisión á Mr. de Vitrolles, llamándole á su presencia el 23 por la mañana, es decir, el día siguiente de la abdicación, para tramar sin pérdida de tiempo una intriga con el partido realista. Mr. de Vitrolles quiso desde luego correr al lado de la corte de Gante para ponerse de acuerdo con ella acerca de los medios de asegurar su vuelta y de tomar en este suceso la parte activa que le gustaba tomar en todos; pero Mr. Fouché le hizo renunciar á este proyecto y le detuvo, manifestándole que en París y en su compañía era en donde debía trabajar con este fin, y no en Gante, con los príncipes emigrados, que no tendrían otra cosa que hacer que aceptar los servicios que les prestasen.

Le presentó su tarea como sumamente difícil y su situación como infinitamente delicada, entre Carnot, á quien calificaba de fanático é imbécil; de Quinette y Grenier, que, según decía, se hallaban dominados por las más estúpidas preocupaciones revolucionarias, y de Caulaincourt, á quien representaba como exclusivamente ocupado de los intereses de su antiguo señor. Por lo demás, Mr. de Caulaincourt le inquietaba muy poco, porque este personaje, juzgando perdida la causa de la dinastía imperial, podría ser desinteresado con facilidad, siempre que se defendiese de cualquier atentado á la persona de Napoleón. Mr. Fouché repitió á Mr. de Vitrolles que él no trabajaba por nadie más que por Luis XVIII, y que no se adelantaría más que con este objeto, aun cuando pareciese que no iba á él directamente; que si se había deshecho de Napoleón I, aún tenía que deshacerse de Napoleón II y quizás hasta del mismo duque de Orleans; pero que *pasaría* por los dos sin detenerse, con tal de que una impaciencia excesiva no le crease dificultades demasiado grandes. Después de obtener estas explicaciones y estas seguridades, Mr. de Vitrolles prometió á Mr. Fouché renunciar á su viaje á Gante y quedarse en París. Sin embargo, al consentir en permanecer en París, Mr. de Vitrolles pidió al presidente de la comisión ejecutiva que le garantizase su cabeza, después frecuentes entrevistas y al fin los pasaportes necesarios para los agentes que enviase á Gante. «Vuestra cabeza, respondió cínicamente el duque de Otranto, *será colgada de la misma argolla que la mía; en cuanto á nuestras comunicaciones, podréis*

verme dos, tres y cuatro días si queréis; por último, respecto de los pasaportes os daré ciento si los necesitáis.» Concluidos estos acuerdos, Mr. Fouché aconsejó á Mr. Vitrolles que se presentase poco en público, y que se ocultase hasta el día en que pudiesen guardar menos miramientos.

Habiendo establecido Mr. Fouché sus relaciones con Luis XVIII por medio del agente más acreditado del realismo, continuó mostrándose á Carnot, á Quinette y á Grenier como inconciliable con los Borbones y la emigración, y á Mr. de Caulaincourt como deseoso del reinado de Napoleón II sin esperarlo, y como resuelto á proporcionar á Napoleón las atenciones más dignas de su grandeza y de su gloria pasadas. Respecto de los numerosos representantes por medio de los cuales comunicaba Mr. Fouché con la segunda cámara y procuraba dirigirla, les dejaba ver grandes dificultades para el reinado de Napoleón II, hablaba por primera vez de la casi imposibilidad de sacarle de las manos de las potencias, del poco interés que cifraba María Luisa en la grandeza de su hijo, é indicaba que apenas se perdería en el cambio escogiendo en la casa de Borbón á un príncipe adicto á la causa de la revolución, el duque de Orleans, por ejemplo, cuyos talentos, opiniones y conducta eran conocidos por todo el mundo. Hablando de este modo hallaba el duque de Otranto, excepto en los bonapartistas acérrimos, un asentimiento general, porque los revolucionarios liberales se hubieran resignado á la dominación de la rama menor de los Borbones, dando la preferencia sobre un niño prisionero de la Europa y difícil de sacar de sus manos, á un hombre hecho, ilustrado y liberal. Pero al mismo tiempo que empleaba este lenguaje, Mr. Fouché no procuraba más que *pasar* por Napoleón II, como había dicho á Mr. de Vitrolles, y parecía aproximarse al duque de Orleans para *pasar* por él á su vez y llegar á los Borbones, que debían tratarle como él había tratado á todo el mundo.

Entretanto los ánimos no cesaban de mostrarse agitados, y la abdicación, que hubiera debido calmarlos, no fué más que un paso en la crisis, lejos de ser su término. Mientras que habían tenido este deseo, no habían pensado en otra cosa que en realizarle; pero al conseguirle, los ojos se fijaban en otro nuevo objeto. Los bonapartistas y los revolucionarios, presa de las más vivas inquietudes, se preguntaban si podrían verdaderamente entablarse negociaciones con el extranjero, obtener á Napoleón II en pago del sacrificio de Napoleón I, y si á falta de éxito en las negociaciones, contarían con los medios suficientes para luchar; pero reflexionándolo bien no confiaban en nada de esto, porque comprendían que privado de Napoleón no tendría el ejército ni confianza ni jefe. Al paso que los bonapartistas y los revolucionarios, ya confusos y sin norte, comenzaban á experimentar las torturas de la desesperación, los realistas, por el contrario, sentían todos los tormentos de la impaciencia.

Viendo que todas las cosas se presentaban en su favor, no podían resignarse á esperar; y contando con muchos hombres de acción, procedentes los unos de la Vendée, pacificada, los otros de la casa militar con aspiraciones de volver á sus puestos, se hallaban inclinados á llevar á cabo las empresas más temerarias. Poseído de estos deseos un viejo realista, en torno del cual se

reunían los demás, Mr. Dubouchage, no aguardaba más que la señal de los principales miembros del partido para intentar un golpe de mano contra la cámara de los representantes. El general Dessoles, antiguo comandante de la milicia nacional, se ponía de acuerdo con algunos milicianos y procuraba despertar un celo que los tres meses transcurridos no habían podido extinguir. A estos personajes se unieron tres mariscales, consagrados en lo sucesivo á la causa de los Borbones, los mariscales Macdonald, Saint-Cyr y Oudinot. Todos deseaban que se pusiesen al frente de los realistas para intentar un movimiento, pero no eran personas capaces de cometer una torpeza por exceso de realismo, y además Mr. de Vitrolles, dirigido por Mr. Fouché, les decía que aún era demasiado pronto, y que era preciso aguardar un momento oportuno para pronunciarse. Entretanto los realistas espiaban el Elíseo para estar enterados de lo que pasaba en este palacio, y les ofuscaba con extremo el espectáculo que todos los días presenciaban sus ojos.

En la avenida de Marigny, que costea el palacio, aumentaba á cada instante el número de ociosos, agitados y amenazadores. La mayor parte de ellos, como hemos dicho ya, eran confederados, hombres del pueblo y antiguos militares á los que Napoleón no pensaba dar armas hasta que el enemigo hubiese estado á las puertas de París y á los que Mr. Fouché se proponía, del modo más resuelto, dejar desarmados. Algunos de ellos, más pacíficos, á las órdenes del general Darricau, habían logrado con el título de tiradores de la milicia nacional la misión de contribuir á la defensa exterior de París en compañía de la tropa de línea. Pero su número era muy reducido; los demás, á los que se reunían algunos miles de hombres, militares de todas las graduaciones que habían abandonado el ejército por despecho, llenaban las cercanías del Elíseo con la esperanza de ver á Napoleón y saludarle con sus aclamaciones. Unos y otros se hallaban dominados por la idea de que existía una gran traición en el poder ó en las cámaras, que esta traición tenía por objeto entregar la Francia al extranjero, y que si Napoleón quería ponerse á su cabeza, aún podrían rechazar á los ejércitos enemigos y dispersar á los realistas. Así lo repetían en los numerosos y alborotados grupos, amenazando con poner manos á la obra, y cada vez que Napoleón se presentaba en el jardín lanzaban gritos en los que se mezclaba el furor con el entusiasmo. Sin hacer nada para excitarlos, Napoleón no podía sin embargo resistirse al deseo de verlos y de recoger estos últimos homenajes del pueblo y del ejército, que no debía tardar en abandonar para siempre.

Pero aun cuando descubriese en aquella multitud muchos medios de abatir al gobierno provisional y á las cámaras, de volver á tener durante algunos días el mando militar, acaso de intentar una nueva lucha contra Blücher y Wellington, sin embargo, dirigiendo su vista más allá de un triunfo momentáneo, hallaba muy pocas probabilidades de conseguir un resultado formal, para dejarse llevar por semejante tentación, y en realidad no pensaba más que en su retiro, considerando como próximo el día en que lograría substraerse tanto de las perfidias interiores como de las violencias exteriores. Pero los que temían su presencia le atribuían proyectos

que no abrigaba, suponían que se ocupaba activamente en buscar los medios de recuperar el poder, y alarmaron con estas noticias á Mr. Fouché. Especialmente los realistas habían hecho llegar á sus oídos la aserción de que si se dormía sobre este peligro, sería despertado demasiado tarde por un golpe de mano de los confederados dirigidos por Napoleón. Después de participar estos temores á Mr. Fouché los divulgaron entre todos los miembros de la cámara de representantes.

Mr. Fouché obraba con demasiada duplicidad para no ver en la conducta de los demás el reflejo de la suya. Comunicó sus sospechas á sus colegas de la comisión ejecutiva, y procurando almarlos con el relato de lo que Napoleón era capaz de hacer reducido á la desesperación, resolvió, autorizado ó no, obligarle á salir del Elíseo. Para conseguir esto era preciso hablarle y decidirle con la persuasión, porque emplear la violencia era difícil. Temiendo ser mal recibido y no atreviéndose á presentarse á un hombre á quien había vendido, confió esta misión al mariscal Davout, cuya rudeza era conocida y cuyas relaciones con Napoleón se hallaban algo frías á causa de los disgustos que había sufrido durante los últimos tiempos de su ministerio.

El mariscal se dirigió al Elíseo y encontró en el patio á una porción de oficiales que habían abandonado el ejército sin orden de sus jefes y que como los demás gritaban que eran víctimas de la traición y que Napoleón debía ponerse á su cabeza para acabar con los traidores. Sostuvo vivos altercados con algunos de estos oficiales, encontró entre ellos hombres tan rudos como él, y después de dirigirles inútiles reconveniones, fué introducido en la habitación de Napoleón. Le comunicó el objeto de su misión, y procuró probarle que en su interés, en el de su hijo y en el del país, debía alejarse para disipar las inquietudes que su presencia causaba y dejar al gobierno toda la libertad de acción que necesitaba en una coyuntura tan grave y tan difícil. Napoleón le recibió con frialdad; no le ocultó que hubiera esperado de todo el mundo antes que del mariscal Davout un paso semejante; afirmó, sin dignarse descender á justificaciones, que no abrigaba ninguno de los proyectos que se le atribuían, y se mostró dispuesto á salir de París con tal que le proporcionasen los medios de llegar sin obstáculo á un retiro seguro. El mariscal se alejó mortificado por la acogida que había tenido, á pesar de haber salido airoso en el desempeño de su misión. Este soldado probo, sensato, pero rudo, incapaz de comprender los delicados detalles del sentimiento, no se explicaba el efecto que había debido producir en el hombre que dos días antes era todavía su jefe, y salió del Elíseo dolorosamente afectado.

Napoleón resolvió pasar en la Malmaison los pocos días que le quedaban de habitar en Francia. Este agradable retiro, en el que había comenzado y en el que iba á concluir su carrera, para él era un paraje á la vez doloroso y lleno de encantos, y le agradaba poder pasar horas enteras en su recinto entregado á la meditación de sus negros pesares. Rogó á la reina Hortensia que le acompañase, y esta hija adicta y cariñosa se apresuró á satisfacer sus deseos para prodigarle los últimos cuidados. Napoleón había pensado mucho sobre el punto que eligiría para acabar su vida. Mr. de Caulaincourt le había aconsejado la Rusia, pero él se inclinaba á la

Inglaterra. «La Rusia, decía, es un hombre; la Inglaterra una nación libre. Le agradecerá ver que le pido un asilo, porque debe ser generosa, y allí disfrutaré de las únicas felicidades permitidas á un hombre que ha gobernado el mundo, podré conversar con inteligencias ilustradas.» Pero en vista de la opinión de Mr. de Caulaincourt, que le repitió que las pasiones del pueblo británico eran demasiado vivas para ser generosas, concluyó por renunciar á la Inglaterra y escoger la América. «Puesto que me niegan la sociedad de los hombres, añadió, me refugiaré en el seno de la naturaleza, y viviré en la soledad que conviene á mis últimos pensamientos.» Con este fin quería que le destinasen dos fragatas armadas que se hallaban en la rada de Rochefort, para poder trasladarse en ellas á América. Pidió libros, caballos y se consagró enteramente á los preparativos de su viaje.

Abdicó el 22, y el 25 al mediodía abandonó el Elíseo, subiendo al carruaje en el interior del jardín para ser menos visto de la gente.

Sin embargo, la multitud le reconoció y le acompañó con los gritos de ¡Viva el emperador!, ignorando lo que pensaban hacer de él. Napoleón después de saludarla tristemente, salió de este París, que no debía volver á ver, y se alejó con el corazón profundamente enternecido, como si hubiera asistido á sus propios funerales. Al llegar á la Malmaison encontró á la reina Hortensia, que se había apresurado en ir á acompañarle, y aprovechándose del tiempo que estaba hermoso, se paseó hasta no poder más por aquella morada con la que estaban enlazados los más brillantes recuerdos de su vida. Habló sin cesar de Josefina, y expresó de nuevo á la reina Hortensia que deseaba poseer un retrato que representase fielmente á sus ojos una esposa á la que tanto echaba de menos.

Su partida llenó de satisfacción á Mr. Fouché, quien desde entonces se creyó emperador, al ver expulsado de París al que lo había sido durante tanto tiempo. Habiendo partido Napoleón y mostrándose dispuesto á abandonar no sólo la capital, sino también la Francia, era preciso acceder á sus deseos. Sin embargo, monsieur Fouché abrigaba el temor, que sin dificultad comunicó á sus colegas, de que Napoleón fuese en su aislamiento de la Malmaison el blanco de alguna tentativa, bien de la parte de los realistas ó bien de los bonapartistas, los unos con el fin de librar para siempre á su partido del ex emperador, y los otros, por el contrario, por el de conducirlo al frente del ejército que se acercaba, para probar fortuna una vez más. Mr. Fouché no quería ni entregarle á unos asesinos, ni devolverle á los partidarios desesperados de la causa imperial, y decidió colocarle bajo la salvaguardia del general Beker, militar tan distinguido por sus cualidades morales como por sus dotes militares, de una lealtad á toda prueba, é incapaz de recordar que había perdido la gracia del jefe del Estado en 1809. Preciso era un hombre como él para desempeñar semejante misión, porque se hubiera sublevado á todas las gentes honradas sólo con parecer situar á Napoleón bajo la custodia de un carcelero. El 26 por la mañana llamó el mariscal Davout al general Beker y le anunció la misión que debía desempeñar, misión que tenía dos objetos, primero el de proteger á Napoleón, segundo el de impedir á los agitadores que

suscitasen trastornos con la ayuda de un nombre glorioso. Después le dió la orden de que se trasladase inmediatamente á la Malmaison. El general Beker se sometió con pesar, y sin embargo, aceptó el papel que le imponían, porque era honroso custodiar la persona de un gran hombre caído, y patriótico prevenir los desórdenes que pudieran suscitarse en su nombre. Le declararon que las dos fragatas designadas serían puestas á la disposición del emperador; pero que para asegurarse más de su libre navegación se habían pedido salvoconductos al duque de Wellington, y que si Napoleón consentía en ir inmediatamente á Rochefort, recibiría en la rada estos documentos. Se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar á Napoleón á los ingleses, advirtiéndoles su partida con el pretexto de pedirles los salvoconductos para él; pero esta suposición, autorizada por la conducta que observaba Mr. Fouché en aquellas circunstancias, es sin embargo completamente errónea. Envió al campamento de los ingleses al general Tromelin, bretón y realista de corazón, para obtener pasaportes que permitiesen á Napoleón retirarse sano y salvo á la América, y aprovechase aquella ocasión para conocer las miras del generalísimo inglés relativamente al gobierno de la Francia. Mr. Fouché obró de esta manera porque había equivocadamente imaginado que los ingleses, contentos por librarse de Napoleón, se apresurarían á enviarle los salvoconductos. Se engañaba muchísimo, como no tardaremos en ver, y la precaución que tomaba para garantir á Napoleón de la cautividad y para librarse de que se sospechase en él una espantosa perfidia, debía fracasar doblemente, porque iba á un mismo tiempo á descubrir la partida de Napoleón y á exponerse á suscitar la sospecha de que entregaba al hombre á quien procuraba salvar. El almirante Decrés, que desconfiaba mucho de las precauciones de Mr. Fouché, pensó que Napoleón viajaría con mayor seguridad en buques de comercio desconocidos, que en los de guerra, llevando ostensiblemente á su bordo al ilustre fugitivo; y se puso en comunicación con los armadores de los navíos mercantes que estaban en la rada del Havre, logrando que dos de ellos se ofreciesen á transportar clandestina y seguramente á Napoleón hasta Nueva York, proposiciones que al mismo tiempo que las del gobierno provisional elevó á conocimiento de Napoleón.

La noticia de la llegada del general Beker produjo en la Malmaison un asombro doloroso. Al pronto se creyó que era un carcelero enviado por Mr. Fouché. Algunos fieles servidores, los unos militares, los otros paisanos, la mayor parte jóvenes y capaces de llevar á cabo los actos más audaces, acompañaron á Napoleón á esta residencia. A la menor palabra de sus labios se hallaban dispuestos á no reconocer la autoridad del general Beker. Napoleón los apaciguó y quiso antes de nada recibir al general para tener una explicación con él. Le acogió con reserva y finura; pero al notar su emoción, no tardó en comprender que era el más leal de los hombres y le trató como amigo entrando en las más francas explicaciones. Napoleón consentía en partir y hasta lo deseaba, pero no tenía confianza en la concesión de los salvoconductos, temía verse prisionero en la rada y entregado después á los ingleses por la perfidia del duque de Otranto. Hubiera podido aceptar la pro-

posición de los americanos del Havre; pero fugarse clandestinamente en un buque mercante, le parecía un acto indigno de su grandeza. Encargó al general Beker que volviese á París para declarar al gobierno provisional que estaba pronto á partir, con tal de que pudiese disponer acto continuo de dos fragatas; pero que si debía esperar en Rochefort la orden para partir, prefería esperar en la Malmaison. El general Beker corrió á París para cumplir la comisión que acababan de encargarle; pero Mr. Fouché insistió diciendo que tenía miedo de que le acusasen de entregar á Napoleón á los ingleses, por dejarle embarcarse sin salvoconducto; que por lo demás había pedido estos salvoconductos y que no debía tardar en recibirlos. Fué necesario, pues, aguardar á que llegasen, debiendo hasta entonces permanecer Napoleón en su retiro de la Malmaison.

Para los realistas era un gran consuelo verse libres de la presencia de Napoleón en París, y este consuelo se extendía á Mr. Fouché, quien había temido una tentativa del pueblo de los arrabales y de los militares, tomando á Napoleón por jefe, para despedir á las cámaras y al gobierno provisional y emprender una lucha desesperada contra los ejércitos coligados. Sabiendo que Napoleón partiría en breve, Mr. Fouché no tenía tanta prisa en poner fin á la crisis, porque aun cuando considerase la vuelta de los Borbones como una cosa inevitable, sin embargo, pensaba que podían surgir de los acontecimientos algunos otros candidatos á la soberanía, y esta solución inesperada no dejaba de agraderle, por más que la calificase él mismo de ilusoria. Este era el primer motivo que tenía para no apresurarse; pero también había otro que le detenía, y este segundo motivo, más sensato y más positivo, consistía en procurar, después de resignarse á la dominación de los Borbones, consistía, decimos, en procurar poco á poco que las cámaras se inclinasen en favor de esta dominación, en hacer palpable para ellas la necesidad de este resultado y en contribuir á que fuese todo lo más ventajoso posible para él. Por lo demás, tres miembros de los que constituían la comisión ejecutiva, Carnot, Quinette y Grenier, creían con una inmensa candidez que podrían, con resistencia armada por un lado y las negociaciones por otro, substraerse á la dura necesidad de aceptar otra vez á los Borbones. Sólo Mr. de Caulaincourt veía con toda su claridad esta necesidad, y dejaba obrar á Mr. Fouché, no queriendo sacar de aquellas tristes convulsiones más que mejores tratos para Napoleón. Con tres votos de cinco en contra suya, con la repulsión de las cámaras hacia los Borbones, Mr. Fouché no tenía más remedio que contemporizar; pero esto no convenía á los realistas, que se mostraban más impacientes que nunca, y que, según decían, formaban en número de quince mil, precedentes los unos de la Vendée, los otros de la antigua servidumbre militar, pero que en realidad acaso no llegaban á tres ó cuatro mil.

Apremiaban al anciano Mr. Dubouchage para que obrase, y éste á su vez apremiaba á Mr. de Vitrolles y á los mariscales Oudinot, Macdonald y Saint-Cyr, para que diesen la señal de la acción; pero Mr. de Vitrolles les suplicaba que no cometiesen ninguna imprudencia, porque podían sublevar contra sí á los confederados, ilustrar á las cámaras acerca de lo que proyectaban y determinar quizás una reacción en favor de Napoleón,